

TELÉPATAS PORTEÑOS. LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO EN LA CIENCIA Y LA CULTURA DE BUENOS AIRES (1880-1900)

PORTEÑOS THOUGHT READERS. THOUGHT
TRANSMISSION IN THE CULTURE AND SCIENCE OF
BUENOS AIRES (1880-1900)

MAURO VALLEJO

CONICET
Aranguren 555 PB 1 (1405)
Buenos Aires
Argentina
maurosvallejo@gmail.com

RESUMEN

En las últimas dos décadas del siglo XIX tuvieron lugar en Buenos Aires numerosas demostraciones de poderes telepáticos. Esa llamativa facultad fue exhibida en algunos teatros por parte de prestidigitadores extranjeros, pero también en hospitales de la ciudad bajo la atenta mirada de los médicos, o en salones particulares donde se congregaban hombres cultos de la ciudad. Por otro lado, diversas voces locales narraron o intentaron explicar teóricamente la transmisión del pensamiento. Espiritistas, intelectuales, médicos y escritores brindaron,

cada uno con su lenguaje y sus objetivos, versiones sobre la naturaleza de la telepatía. El objetivo de este artículo es atender a esa presencia de lo telepático en la cultura científica de la capital de Argentina.

Palabras claves: Telepatía, hipnosis, espiritismo, teosofía, medicina.

ABSTRACT

In the last two decades of the 19th century many telepathic performances took place in Buenos Aires. That amazing power was shown in some theaters by foreign magicians, but also in city hospitals under the watchful eyes of physicians, or in private rooms where educated men of the city gathered. In addition, different local voices reported or tried to explain theoretically the thought transmission. Spiritualists, intellectuals, physicians and writers, with their own language and purposes, provided versions about the nature of telepathy. The aim of this paper is to analyze the way in which telepathy was handled in Buenos Aires' scientific culture.

Key words: Telepathy, Hypnotism, Spiritualism, Theosophy, Medicine.

Recibido: 12/08/2015

Acceptado: 08/01/2016

Dentro del abigarrado escenario de la cultura científica bonaerense de fines del siglo XIX, nadie como Paul Groussac supo mantenerse al margen de los entusiasmos desprevenidos y de las modas pasajeras. Escéptico profesional, el pensador francés y director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina siguió de cerca y con abierto desencanto el desenvolvimiento de las letras y de las ciencias argentinas y, en reiteradas ocasiones, denunció los puntos débiles de las producciones de

sus coetáneos. Activo partícipe de los debates intelectuales y políticos de su época, Groussac quiso mirarlo todo desde la altanera distancia que le aseguraban su origen y su formación, que él creía excepcional y superior. A la manera de un enemigo de las vehemencias en el terreno de las ideas, el francés no quiso caer en la tentación positivista que reinaba entre los porteños y, mucho menos, en la corriente espiritualista que seducía a algunos pocos. En la demoledora reseña que escribió sobre el libro-manifiesto de Rubén Darío, *Los Raros*, leemos: “Humilde alumno de los grandes maestros, me doy el testimonio, en mi esfera limitada, de no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística, desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme de ellas con simpatía, procurando entenderlas sin prevención hostil” (Groussac 243). Esa sorpresiva mención a la telepatía funciona como punto de arranque de este texto. Lejos de figurar en ese fragmento como fruto del azar o de un descuido, ella es la revelación sintomática de estratos de la cultura científica que han sido mayormente descuidados por la historiografía existente. Si alguien como Paul Groussac, que medía muy bien sus palabras, tejió al pasar la convivencia desconcertante pero posible entre Wagner, el evolucionismo darwiniano y la telepatía, ello se debió a que la mentalidad finisecular estaba dispuesta o compelida a articulaciones, imaginarios y conceptos que aún no han sido debidamente cartografiados.

El objetivo de estas páginas es ofrecer una reconstrucción tentativa del lugar de la telepatía en la cultura de la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX. Sería exagerado suponer que hubo en la ciudad una tradición arraigada en lo que respecta al estudio o el ejercicio de la transmisión a distancia del pensamiento. Podrá parecer descaminado centrar el foco en un tópico que no llegó a ser tal: no hubo en Buenos Aires programas de investigación sostenidos en el tiempo que tuvieran el cometido de desentrañar los arcanos de la telepatía; no hubo siquiera obras enteramente dedicadas a ese problema. Lo que sí hubo fueron artistas itinerantes que como parte de sus giras latinoamericanas traían a los teatros porteños fugaces números de telepatía. Existieron también defensores locales del

espiritismo que se esmeraron por traducir a sus vocabularios y sus conceptos los fenómenos de esa comunicación descarnada. Encontramos, por otro lado, médicos que de cuando en cuando, ya fuere a la hora de teorizar sobre la hipnosis, ya al momento de escudriñar las faenas de los artistas trashumantes, sumaron sus voces al consenso sobre la existencia indudable de la telepatía. Hallamos, por último, a intelectuales y escritores que, incorporando a su agenda de trabajo lo que en Groussac era sólo una referencia circunstancial, hicieron de los hechos telepáticos versátiles componentes de sus tramas ficcionales o hitos de sus discursos teóricos.

En este artículo tomamos a la telepatía no solamente para iluminar esas zonas de la vida cultural de fines de siglo, sino sobre todo para atisbar los cruces incesantes y las mixturas provechosas entre territorios presuntamente distanciados entre sí. La telepatía participó ciertamente del desenvolvimiento cultural de una ciudad en pleno proceso de transformación. Si bien su presencia fue modesta, ella sirve de mirador privilegiado de rincones poco iluminados de la trama científica, y sobre todo pone en evidencia porosidades e intercambios entre actores y circuitos culturales divergentes.

I. NUEVOS OBJETOS PARA LA MEDICINA

A comienzos de la década de 1880 llegan a Buenos Aires los ecos de las transformaciones que se estaban produciendo en la medicina mental y la neurología del Viejo Continente. Los profesionales porteños tenían constantemente sus ojos puestos en las Academias europeas, y no ha de extrañar que muy pronto llegaran a estas costas las noticias sobre el ingreso de nuevos objetos a la científicidad médica. La cerebración inconsciente, los automatismos nerviosos, los fenómenos de hiperestesia, y sobre todo la hipnosis, suponían tópicos novedosos que alteraron el panorama de la medicina continental de fines de siglo, y referencias y rumores sobre su naturaleza no tardaron en alcanzar los oídos y las lecturas de los galenos porteños. Todas esas novedades se encarnaban generalmente en un elemento

que estaba a la orden del día, el cuerpo histérico, y eran relacionados con el nombre del sabio que se había transformado en sinónimo de innovación, Jean-Martin Charcot. Citemos, a modo de ejemplo, el informe que un médico local envió desde París a una revista médica de Buenos Aires. El argentino acababa de observar unas intervenciones de Fulgence Raymond, y no salía de su asombro por lo que acababa de presenciar:

El caso es una muchacha histero-cataléptica que tenía la particularidad de magnetizarse bajo la sola influencia de la mirada del Profesor. Que le hiciera adoptar las posiciones más extravagantes no tiene nada de extraordinario desde que era cataléptica, lo extraño es que provocaba contracciones tónicas, verdaderas contracturas, sin tocarla y sin decirle nada, fijando sólo su mirada en un punto cualquier de su cuerpo. (Obejero 244)

Entre fines de la década de 1870 y mediados de la siguiente, aparecen en las revistas médicas de la ciudad capital los primeros informes sobre la patología histérica en las mujeres, pero tanto a nivel de la descripción sintomática como de las recomendaciones terapéuticas parece primar la mirada tradicional. En efecto, esas tempranas histéricas porteñas fueron distintas a sus pares europeas: no hay en la ciudad registros de doble personalidad, desarrollo de capacidades prodigiosas en estado sonambúlico, etc. Sobresalen aquí, por el contrario, las convulsiones, gritos estridentes o delirios cambiantes. Tampoco a la hora de los auxilios terapéuticos esas páginas de la medicina bonaerense parecen haber incorporado rápidamente las novedades llegadas de ultramar: los bromuros, el reposo, la alimentación o los antiespasmódicos cubren por entero el espectro de los remedios sugeridos (Nouzeilles 74).

Dicho en otros términos, la medicina porteña era incapaz de ofrecer un terreno adecuado de recepción y repetición de los fenómenos que revolucionaban por esos años la ciencia de lo nervioso. La carencia de laboratorios o de una tradición ligada a la experimentación en neurología, así como el primado de un modelo manicomial merced al que las enfermedades mentales permanecían alojadas en espacios poco propicios, hacían

casi imposible la reiteración local de experiencias referidas al hipnotismo o los automatismos nerviosos. En efecto, en otros trabajos se ha sugerido que esas y otras características de la ciencia local hicieron que el hipnotismo arribara a la medicina porteña recién a fines de la década de 1880, y que su implantación local no fuera exitosa (Vallejo 24). De todas formas, incluso a pesar de esas dificultades, hubo en Buenos Aires réplicas bastante prematuras de las innovaciones europeas. Cabe citar, por caso, las investigaciones que Bartolomé Novaro efectuó en el terreno de la metaloterapia en 1880, apenas tres años después de que la teoría de Burcq hubiera sido estudiada por Charcot (Novaro 87). A través de sus publicaciones, ese médico de la capital argentina dio fe de los complejos y llamativos fenómenos que ciertos metales desencadenaban en los cuerpos histéricos: borraban contracturas, o aseguraban el traslado de una parálisis desde una mitad del cuerpo a la otra. Entendemos que serán precisamente esos autores locales, que trabajaron en solitario en un ambiente reacio y se mostraron atentos a novedades como la hipnosis o los agentes estesiógenos, quienes se ocuparán primeramente de la telepatía.

Un primer ejemplo sería el texto *Las maravillas del hipnotismo*, publicado en la ciudad por un ciudadano francés llamado Georges Borda, quien había realizado estudios parciales de medicina en Montpellier. Se trata de la obra más temprana referida al hipnotismo, editada en la ciudad. Si bien Borda aclara que él no posee título médico, y a pesar de que un afán divulgador tiñe toda su publicación, lo cierto es que el saber de la medicina es el que prevalece a lo largo de los capítulos. Junto con relatar algunos experimentos personales en el uso del hipnotismo, Borda dedica el grueso de su libro a reseñar y comentar las teorías y experiencias que los autores franceses venían realizando en ese terreno desde hacía varios años. Pues bien, inevitablemente llegó al tópico de los fenómenos más misteriosos o inexplicables que se atribuyen al hipnotismo, y entre ellos figuraba la telepatía. Su primera advertencia reza que incluso los autores más serios han prestado credibilidad a tales portentos: “Si leemos algunas obras de magnetismo escritas, sin embargo, por hombres autorizados, pero sobre todo de buena fe, encontramos ejemplos sorprendentes de visión sin la

ayuda de los ojos, de intuición, de previsión interior y exterior, de transmisión del pensamiento y de transposición de los sentidos” (Borda 208). A modo de prueba, cita las opiniones favorables a la telepatía vertidas por médicos de la talla de Léon Rostan o Alexander Aksakoff, para luego confesar que él mismo ha sido testigo de experiencias de ese tenor: “Yo mismo, en fin, he podido ver a un italiano lograr sobre su mujer el hecho extraño de la sugestión mental o de la transmisión por el pensamiento. Uno de nosotros escribía en una tarjeta una palabra extraña, unas señas cualesquiera: el italiano las leía con la vista e instantáneamente, su mujer repetía en alta voz lo que se había escrito” (Borda 213). A pesar de que relata que vio producirse ese éxito en varias ocasiones, y no obstante haber sido incapaz de descubrir alguna artimaña, Borda se reserva el derecho a no creer en la existencia de la telepatía. Para amparar su gesto de incredulidad no sólo recuerda el largo listado de sabios que rechazan la posibilidad de esa extraña facultad, sino que sobre todo esgrime unos argumentos de clara raigambre positivista: no conoce a los individuos que han realizado esas demostraciones, no ha sido posible repetirlos con sujetos de su confianza ni en circunstancias variadas. A guisa de conclusión, afirma: “entonces, yo no digo ‘la sugestión mental no existe’: digo, ‘no creo en la sugestión mental’” (Borda 216). En la misma senda, intenta mostrar que una correcta intelección del hipnotismo permite desenmascarar a los artistas que engañan a los espectadores haciéndoles creer que pueden leer el pensamiento o ejecutar audacias parecidas. Así, el autor plantea, por un lado, que la existencia de órdenes post-hipnóticas puede ser el factor que explica algunos prodigios explotados por esos artistas y, por otro, que el mundo de los hechos inconscientes desenterrados por la hipnosis, es lo que permite acabar con otras supercherías. Por caso, las demostraciones de célebres ilusionistas como Cumberland, cuyo acto más célebre consistía en encontrar un objeto en un salón, auxiliado solamente por un guía que, sin decir palabra y tomándole de la mano, debía limitarse a pensar en aquel objeto. Pues bien, según Borda ese acto de prestidigitación podía ser explicado de manera sencilla: “Este experimento se explica por ligeros movimientos fibrilares inconscientes que se producen en la mano de la

persona á consecuencia de la concentración del pensamiento sobre el objeto oculto” (Borda 222).

Pronto veremos que las experiencias que Borda pudo presenciar proliferaron en la Buenos Aires de fines de siglo. Variados personajes, abrigando afanes disímiles, dieron muestras de sus capacidades telepáticas en salones, teatros y auditorios de la ciudad. Y no era raro que entre el público curioso se encontraran individuos que podían poseer algún parentesco con Georges Borda: médicos, escritores, intelectuales. Lo que por el instante importa señalar es que la irrupción del campo del hipnotismo, con su cortejo de extraños fenómenos nerviosos y corporales, fue uno de los factores que transformó a la telepatía en un objeto legítimo de discusión y estudio. En el terreno del saber médico, la posesión de una instrucción en hipnotismo podía dar pie a dos actitudes contrapuestas. Algunos, a la manera de Borda, usaban la cientificidad del hipnotismo para diferenciar los hechos absolutamente comprobados de los fenómenos dudosos. Otros, en cambio, establecieron una continuidad natural entre los automatismos nerviosos y los prodigios telepáticos. Fue el caso del médico porteño responsable del emprendimiento más ambicioso en el campo del hipnotismo curativo. Nos referimos a Gregorio Rebasea, un profesional que a comienzos de la década de 1890 llevó a cabo numerosos tratamientos hipnóticos en un Hospital local (Siflicomio, hoy en día llamado Juan Antonio Fernández), y que recogió esas prácticas en su tesis de grado presentada en 1892. Por primera vez en la literatura galénica de Buenos Aires, un doctor daba a la imprenta un trabajo incluyendo decenas de curaciones hipnóticas llevadas a cabo con éxito sobre pacientes aquejados de histeria, onanismo y otras patologías mentales. En esa tesis eminentemente clínica, y que se inclinaba en favor de la vertiente sugestiva pregonada por la escuela de Nancy liderada por Bernheim, la telepatía emerge como un dato evidente, como una facultad que es atribuida a algunos hipnotizados, pero que no es tematizada en extenso.

En algunos de los casos clínicos que engrosan ese trabajo inicial, la transmisión del pensamiento aparece como uno de los fenómenos que definirían el estado hipnótico. Así como el individuo sumido en hipnosis

puede ver acrecentada o decrecida su sensibilidad táctil o muscular, de la misma forma accedería a la capacidad de “leer” las ideas de su hipnotizador. Al menos eso se infiere de la sexta observación de la tesis, referida a un paciente de origen español, de 21 años de edad, y que desde hacía siete años padecía de desvanecimientos, crisis histero-epilépticas y fuertes cefalalgias. Al igual que en el resto de los casos clínicos tratados por Rebas, la hipnosis fue la herramienta terapéutica elegida para abordar los síntomas. Según leemos en la tesis, el 13 de junio de 1891 se produce la primera de varias hipnotizaciones y, en cada una de ellas, el médico le ordena que deje de sentir las molestias que lo aquejaban. En el día 27 del tratamiento tiene lugar la siguiente escena:

En esta misma sesión le sugestiono además, que un papel blanco que se le presentaba era un retrato de un personaje, pensando yo en el General Roca; que él debía ver en dicho papel, contestándome que era el General Roca; en seguida pienso que debe ver al General Mitre y le digo: fijese bien que no es el General Roca á quien ve. Es cierto, me contesta; es D. Bartolo. Doy vuelta el papel y pienso que debe ver al coronel Morales, Gobernador de la Penitenciaría. Llámole la atención sobre ese nuevo retrato, y me responde, diciendo: es el coronel Morales. (Rebas 94)

Ese mismo proceder sería repetido por el autor de *La sugestión en terapéutica* en otros de los casos clínicos. De todas formas, en vano buscaríamos en esa tesis un esclarecimiento teórico de esos extraños poderes telepáticos. En ningún momento Rebas considera necesario apelar a alguna hipótesis especial que fuera capaz de fundamentar el fenómeno observado. Sucede como si la lectura del pensamiento tuviese el mismo relieve o la misma importancia que las parálisis o las hiperestésias que se presentan en los estados de sonambulismo artificial: son cosas que existen, y que por ende no precisan de mucha fundamentación teórica. En rigor de verdad, el profesional postula que dos factores son necesarios para que la transmisión de ideas tenga lugar: de un lado, “el grado de inteligencia, conocimientos y roce social” del sujeto debe estar suficientemente desarrollado; de otro, a mayor nivel de hipnosis, mayor posibilidad de que la

telepatía funcione (Rebasa 102-103). A los ojos de Gregorio Rebasa, para concluir, la transmisión del pensamiento no es más que “una sugestión perfeccionada y más elevada” (Rebasa 103).

2. ESPIRITISTAS, TIMADORES Y SONÁMBULAS

Los médicos fueron partícipes esenciales de la historia porteña de la telepatía no sólo en función de cuanto pudieron decir sobre el fenómeno desde sus revistas o tesis, sino sobre todo debido a su participación activa en las experiencias de transmisión. Sucede como si los doctores hubieran siempre formado parte de los públicos que se aglomeraban para presenciar las demostraciones prodigiosas. Movidos seguramente por el deseo de ver de cerca hechos que cabía tomar como dignos de estudio, y quizá por el deseo, menos confesable, de aprender de maestros involuntarios, los doctores dijeron presente cada vez que en la ciudad se efectuaban actos de comunicación mental.

Eso sucedió, por ejemplo, cuando un enigmático personaje hizo sus demostraciones poco después de su arribo a la ciudad a fines de 1892, proveniente de España. Nos referimos a las acciones llevadas a cabo en Buenos Aires por quien se presentaba a sí mismo como médico y se hacía llamar Alberto Martínez de Das. Su nombre real, tal y como nos recuerda Soledad Quereilhac en su tesis, era Alberto Sgaluppi (Quereilhac 120). Acababa de ser expulsado, bajo acusación de fraude, de una agrupación teosófica de Barcelona, y la misma suerte tendría en la capital argentina unos meses después, cuando su verdadera identidad fue descubierta. Ahora bien, además de haber sido el responsable del ingreso de la teosofía al territorio argentino, Sgaluppi emprendió algunas demostraciones de hipnotismo y telepatía en la ciudad, que fueron reseñadas desde las revistas del espiritismo vernáculo. En una de las primeras de esas sesiones, Sgaluppi hipnotizó a su esposa, Antonia Martínez Royo, quien luego en ese estado especial de conciencia dio muestras de facultades telepáticas. Según informó *Constancia*, la revista kardeciana:

Ante un auditorio de unas cuarenta personas se verificó en uno de los salones del Hotel de Roma, la conferencia experimental de psiquiatría, o lo que tanto da, de sugestión mental, dada por el Dr. A. de Martínez, sirviéndole de sujeto su esposa, la condesa de Das. En otra experiencia, un dominó, indicado por uno de los asistentes al operador, fue transmitido mentalmente a la hipnotizada, que lo sacó de entre los otros, que estaban sobre la mesa con los puntos vueltos para abajo. (*Constancia*. 287)

Sgaluppi continuó celebrando sesiones de ese tenor hasta fines del 1893. Importa destacar que en algunas de sus ulteriores intervenciones fue secundado por un médico local, Osvaldo García Piñeiro, quien había obtenido su título en 1886 gracias a una tesis sobre la embriaguez. Por ejemplo, en julio de aquel año, ambos individuos dictaron sendas conferencias en los “salones” de la casa de Sgaluppi, ante “unas ochenta personas, entre las cuales reconocimos varios médicos, ingenieros, abogados, marinos, diplomáticos” (*Constancia* 257). En primer lugar, el doctor porteño explicó de qué manera había curado a tres enfermas jóvenes mediante el uso del hipnotismo; las tres pacientes estaban presentes en la sala, y el profesional las sumió en hipnosis y provocó en ellas distintos fenómenos (parálisis, contracturas, convulsiones y anestias). Luego de ello, tomó la palabra el dueño de casa y discurrió sobre las teorías fluídicas, para luego hipnotizar a su mujer, quien en ese estado fue capaz de adivinar el mensaje escrito en un papel por uno de los asistentes.¹

¹ Existen indicios que mostrarían que otros médicos patrocinaron en Buenos Aires demostraciones públicas de telepatía, usando a tal efecto a enfermas tratadas por ellos. Fue el caso de un médico español que permaneció en la ciudad entre 1889 y 1892, Alberto Díaz de la Quintana. Sabemos que en abril de 1890 organizó en su domicilio una sesión de hipnosis, acompañado por su paciente Carolina del Viso (Sud-América, 9 de abril de 1890). Es muy probable que en esa ocasión hayan sido exhibidos las facultades telepáticas de la mujer; en efecto, en las veladas que había organizado en Madrid unos años antes junto a esa misma enferma, la transmisión del pensamiento era uno de los atractivos principales (La Iberia, 28 de enero de 1888). Acerca de este doctor español y su aporte al hipnotismo en su país de origen, ver (Graus).

Los órganos de prensa de los espiritistas prestaron una constante atención a las demostraciones de telepatía durante todo el período que aquí interesa. Incluso antes de la llegada de Sgaluppi a la ciudad, las publicaciones kardecianas se ocuparon de seguir los pasos de otros telépatas y de informar sobre experiencias realizadas por los propios socios de los cenáculos. Al leer esas crónicas, quedan en evidencia dos elementos. En primer lugar, que los espiritistas asignaban una virtud estratégica a la difusión de los hechos telepáticos entre el público porteño. El hecho de que tales fenómenos fueran observados y aceptados por el público general servía indirectamente a la propia causa, pues aquellos podían preparar a las mentes porteñas para aceptar la existencia de otros fenómenos aparentemente misteriosos. Si esos prodigios eran mostrados como evidencias innegables y su naturaleza era discutida de modo serio, se allanaba el camino para que las nociones y prácticas espiritistas recibieran igual trato. En segundo lugar, el objetivo muchas veces era contraponer las propias teorías fluídicas a las hipótesis que algunos médicos esgrimían entonces a los fines de fundamentar los hechos telepáticos. Más precisamente, los kardecianos buscaban refutar la explicación que ya habíamos encontrado en Borda, según la cual tales hechos respondían en verdad a movimientos involuntarios e imperceptibles que los “guías” transmitían a los mal llamados telépatas.

Esos dos puntos aparecen en una temprana noticia aparecida en la *Revista Constancia* a mediados de julio de 1890. No queda del todo claro, pero es probable que esa columna respondiera a la presencia en la ciudad de un prestidigitador de apellido Wals. En relación al primer elemento, en esa crónica leemos lo que sigue: “No porque tenga importancia directa para el Espiritismo, sino para mostrar el camino que está ganando entre nosotros el deseo de la investigación y de la experimentación, que al fin es el que más pronto conduce al Espiritismo, hacemos constar el gran desarrollo que está ganando entre nosotros . . . el fenómeno de Wals” (*Constancia*, 207-208). Además de celebrar que ese tipo de experiencias fueran llevadas a cabo en muchas casas particulares de la ciudad, la nota se encargaba de mostrar la falsedad de la teoría sobre los movimientos

imperceptibles; a tal fin, el anónimo redactor de la nota —aunque por ciertos indicios sospechamos que se trata de Ovido Rebaudi, el “magnetólogo” más importante a nivel local— tiene el cuidado de indicar que él, junto con algunos colegas, han repetido las experiencias, evitando que hubiera contacto directo entre el guía y quien debía adivinar el pensamiento, haciendo en cambio que los dos partícipes tomaran las puntas de un pañuelo. El hecho de que a pesar de ese recaudo los actos de adivinación del pensamiento hubieran sido exitosos, era a los ojos del autor evidencia suficiente de que “hay por lo menos una transmisión de fluidos que colocan al adivinador en condiciones de dependencia para con la voluntad de quien piensa fuertemente en el objeto que debe buscarse”.

Un año más tarde, en ocasión de los shows de adivinación del pensamiento desarrollados por un artista llamado Regis en los salones del “Operai Italiani”, los espiritistas una vez más se ocuparon de dirigir su mirada a los fenómenos. Y otra vez lo hicieron impulsados por el deseo de militar en favor de la propia causa. Tal y como volvería a quedar en claro unos años más tarde —en 1895 con la visita del telépata Onofroff—, la actitud que los kardecianos fueron asumiendo con el correr del tiempo encerraba de alguna forma una paradoja: la voluntad de dar visibilidad a los prodigios exhibidos iba acompañada por la certeza de su escaso valor. En efecto, junto con aplaudir que ese tipo de hechos lograsen aceptación y difusión, los espiritistas crecientemente se encargaron en subrayar que las labores de los telépatas de teatro eran poca cosa comparadas con las experiencias que ellos mismos eran capaces de realizar en sus sociedades de manera cotidiana. Así, la poco entusiasta crónica sobre las actuaciones de Regis se cerraba con este comentario: “La importancia pues de las experiencias sólo consistía en la falta de contacto, porque ello viene a comprobar una vez más, fuera de la experimentación espiritista, la existencia del fluido magnético” (*Constancia* 179).

Los espiritistas no se dedicaron solamente a brindar las crónicas coloridas de los actos telepáticos llevados a cabo en la ciudad por artistas y miembros de las sociedades kardecianas. Ensayaron complejas teorías explicativas sobre los fenómenos. Sin ir más lejos, la obra más ambiciosa y

razonada producida por un intelectual del espiritismo porteño, se ocupó largamente de la transmisión del pensamiento. Nos referimos al tratado, publicado en dos tomos en 1891, *Concordancia del espiritismo con la ciencia*, de Felipe Senillosa. En esas páginas fueron retomadas algunas de las acciones recogidas en la *Revista Constancia*, y esos ejemplos de telepatía eran interpretados allí como una provechosa comprobación de los conceptos nodales de la doctrina. La comunicación a la distancia se volvería comprensible si uno asume, primero, la existencia del alma, segundo, la operatoria de un fluido vital que es capaz de transportar contenido anímico hacia afuera del cuerpo, y por último, la realidad de un medio que posibilita esas comunicaciones. No podemos desarrollar aquí de modo exhaustivo la argumentación de Senillosa, pero sí conviene tener presente el vocabulario y el tipo de hipótesis que allí aparecen: la telepatía o sugestión mental se explicarían por el lenguaje material de las vibraciones, los fluidos, las ondas y el éter. Más tarde veremos que en ese punto los espiritistas y los médicos no se daban la espalda. Veamos un pasaje capital del tratado de 1891:

El pensamiento es un acto dinámico, hace vibrar al producirse . . . el fluido alma, ya sea al engendrarse aquel, ya sea al percibir el del otro por medio del oído. Mas, ¿cómo puede llegar el pensamiento a una distancia tal? ¿Cómo pueden transmitirse al cerebro del sujeto las vibraciones idénticas y correspondientes al acto cerebral voluntario del operador? He ahí lo que no es fácil explicar ni comprobar. El fluido magnético penetra a través de todo obstáculo; la dificultad estriba, primero, en la imposibilidad de concebir una corriente fluídica; segundo, la dirección que ésta debe llevar. En este caso, pues, tenemos que buscar un medio en que pueda propagarse la vibración del fluido alma. Hasta llegar al cerebro del sujeto que, educado magnéticamente hablando, en el mismo tono, las percibirá en sí por afinidad y simpatismo. ¿Cómo puede ser ese medio susceptible de afectarse por tan mínima vibración y capaz de transmitirla con rapidez y sin variación a distancia? Sólo encontramos el éter que, como ya se ha dicho, es el fluido sustancial que todo lo compenetra y único susceptible de reunir las condiciones requeridas. (Senillosa 301-302)

Gracias a la publicación de Senillosa, de alguna forma se pone al descubierto que a nivel local los espiritistas contaban con herramientas teóricas mucho más desarrolladas que los médicos para aprehender la naturaleza de los fenómenos telepáticos, aceptados muchas veces por los mismos profesionales. Más aún, la voz de los kardecianos no fue la única en disputar exitosamente a los doctores el dominio teórico de las comunicaciones mentales. Ese mismo año vio la luz en la ciudad un libro que, además de ensayar un abordaje alternativo del problema, asumía una actitud abiertamente crítica hacia la disciplina galénica. Se trata de *La ciencia del bien y del mal*, de Justo López de Gomara, un periodista e intelectual español que vivió casi toda su vida en Buenos Aires, y fue un prestigioso vocero de los intereses de sus compatriotas en Argentina. El objetivo del texto era poner al alcance de todo el mundo los conocimientos sobre el hipnotismo, y esa empresa era llevada adelante mediante un violento ataque a la pretensión de los médicos de ejercer el monopolio práctico de esa herramienta curativa. A pesar de que podrían señalarse claras afinidades entre los términos de López de Gomara y los de Senillosa, lo cierto es que el español adoptó una postura eminentemente dualista y espiritualista, en la cual la censura al materialismo (sobre todo en su vertiente organicista) aparece mucho más resaltada. López de Gomara entendía que la hipnosis pertenecía más al terreno de la moral que al de la fisiología; por otro lado, aquella valía sobre todo como vía de acceso a un estado especial denominado “psicocracia”, en el cual la anulación de lo material y orgánico alcanzaba su punto más alto, y al cual pertenecían los fenómenos más sorprendentes, la lucidez y la telepatía entre ellos. Partiendo del supuesto según el cual “la voluntad, por ser facultad del alma, [tiene] un poder radiante de acuerdo con sus cualidades”, el autor tomaba por evidentes y reales los hechos de telepatía (López de Gomara 55). Si bien concedía sólo a los *psicocráticos* la posibilidad de ejercer esa facultad en sentido pleno, aceptaba que los hipnotizados la poseen sólo a corta distancia. Confesaba estar, por otro lado, totalmente convencido de la transmisión de la voluntad por contacto directo entre el hipnotizado y su hipnotizador:

Yo pongo una mano de cualquiera de mis sugetos, en estado de sonambulismo, sobre otra de cualquiera de los presentes, y basta que éste piense con un poco de atención ó mejor dicho que quiera con alguna intensidad y fijeza, para que aquél ejecute en el acto la órden formulada en la misteriosa elaboración del cerebro, cualquiera sea el idioma en que se concrete la frase mental. (López de Gomara 55)

En su libro de 1891, el autor se muestra tanto o más severo con los médicos que con los charlatanes y adivinas que, según su decir, pululan por los teatros de Buenos Aires, realizando demostraciones fraudulentas que les permiten hacerse del dinero de los crédulos que pagan por esas maravillas (López de Gomara 72). De todas maneras, López de Gomara no se opone a todos los usos teatrales de esos prodigios. Cuando quien realiza esas demostraciones actúa de buena fe, no hay nada que deplorar. Sin ir más lejos, el autor español recordaba que “No hace mucho tiempo que el público bonaerense ha tenido ocasión de admirar en el [teatro] Pasatiempo la penetración de una mujer hipnotizada que leía, sin ver, cantidades o frases escritas allí mismo por los curiosos”, y al respecto agrega un comentario que nos interesa sobremanera: esas maravillas fueron observadas por “muchos médicos y personas competentes” que pudieron reconocer ahí un caso de verdadera lucidez (López de Gomara 74).²

² López de Gomara seguramente hace alusión a las funciones del magnetizador Lulli y su esposa, desarrolladas a fines de 1890. Algunos espiritistas porteños se interesaron también por esas demostraciones, e informaron de ellas en su revista. El redactor anónimo documentó que la mujer sumida en estado hipnótico era capaz de leer los pensamientos de los voluntarios: “Todos los presentes entregamos al Sr. Lulli tarjetas, monedas, palabras escritas, ó le comunicamos al oído algunas frases, y la sujeto lo repitió todo en voz bien clara tan presto como el hipnotizador se enteraba de lo que leía o se le decía. Debemos hacer notar que, a pedido del Sr. Lulli, la persona que presentaba o decía algo para que fuera repetido por la sonámbula, debía tomar una de las manos de ella, lo cual hizo que un señor presente dijera que la trasmisión se efectuaba por movimientos de la mano de quien había propuesto lo que debía decir la sonámbula, pero entonces el Dr. Rebaudi llevó hacia un rincón de la pieza al Sr. Lulli y le dijo: trasmíto á la sujeto lo siguiente: de aquí a cinco años voy a hacer un viaje al Paraguay en donde voy a permanecer algunas semanas. Colocóse en seguida

3. 1895: EL AÑO TELEPÁTICO DE BUENOS AIRES

Unos años más tarde la telepatía pasaría a estar durante unos meses en boca de todos los porteños cultos. Médicos, escritores, intelectuales, políticos y espiritistas emitieron al unísono sus opiniones respecto del enigmático fenómeno, en ocasión de la presencia en la ciudad de un afamado artista llamado Onofroff. Este último permaneció en Buenos Aires entre marzo y junio de 1895, y sus actos fueron el desencadenante de numerosas columnas y artículos en los órganos de prensa locales. La emergencia simultánea de esas voces contrapuestas es para nuestra mirada la ocasión privilegiada para indagar de cerca, de un lado, las posibles razones por las que la telepatía podía tener tanta significación para los distintos actores sociales, y de otro, las similitudes y diferencias de las grillas interpretativas que unos y otros aplicaban a la hora de desentrañar la naturaleza de los fenómenos.

Los médicos mostraron como nunca antes hasta qué punto prestaban credibilidad a los poderes telepáticos, y cuán fuertemente se sentían convocados cada vez que esos prodigios eran exhibidos en la ciudad. En el primer apartado, mostramos que el interés de los doctores por la telepatía era una derivación natural de su creciente familiaridad con el campo del hipnotismo y de los fenómenos de hiperestesia que en ese entonces eran colocados como ingredientes esperables del estado sonambúlico. En la segunda sección, indicamos al pasar la frecuencia con que los nombres de médicos locales figuran en las crónicas que se han conservado sobre demostraciones telepáticas efectuadas en territorio porteño. El estudio del episodio de Onofroff nos permitirá delinear algunas hipótesis que nos permiten releer lo ya señalado acerca de la medicina porteña. En primer lugar, gracias al caso de Onofroff queda en evidencia que el motivo

frente a la señora de Lulli, sin tocarla, y ésta, apenas se le pidió, repitió á la letra todas las palabras indicadas con toda claridad y con la mayor desenvoltura” (“Noticias”, *Constancia*. Año XIII, N° 217, 31 de Diciembre de 1890, 386).

esencial por el cual los doctores se acercaban a los teatros o demostraciones de telepatía era que sólo allí encontraban materializaciones visibles y comprobables de fenómenos y fuerzas que conocían exclusivamente a través de la lectura de sus maestros europeos. Los mismos factores que impidieron la consolidación local de un ejercicio o estudio sostenidos de la hipnosis -esto es, la carencia de una tradición en experimentación neurológica, la pervivencia de dispositivos hospitalarios de tinte manicomial, entre otros- se encuentran en la base de la inexistencia en estas latitudes de instituciones o dispositivos científicos que tuvieran como meta la observación y descripción de fenómenos “psíquicos” que eran tomados por serios y positivos por la medicina mental (la doble personalidad, la telepatía, la escritura automática, etc.). En otros términos, creemos que los escenarios como los que usó Onofroff venían en muchos casos a suplir la falta local de una réplica de la *Society for Psychical Research* (fundada en Londres en 1882, y que de inmediato dio lugar a iniciativas similares en otras ciudades del Viejo Continente). En segundo lugar, para 1895, la medicina porteña ha recorrido ya un cierto trecho en lo que se refiere al área de neurología. En efecto, desde finales de la década anterior ese sector del conocimiento galénico ha conocido un franco impulso en la ciudad capital. Casi todos sus progresos pueden ser reenviados a la figura más importante de esa nueva especialización, bajo cuya influencia se producirían muchos adelantos e innovaciones en lo relativo a lo nervioso. Nos referimos a José María Ramos Mejía. Un hito esencial está dado por la apertura, en 1887, de la “Cátedra de las Enfermedades Nerviosas”, dirigida desde el comienzo por aquel médico. Tanto ese espacio académico, como la sala de patologías nerviosas del Hospital San Roque —abierta dos años antes y regida por el mismo profesional—, se transformaron de inmediato en los foros más importantes de la renovación en ese terreno de estudio. No ha de extrañar, por cierto, que la descripción de los automatismos nerviosos, de la histeria y de la sugestión hipnótica, formara parte de la agenda alentada por Ramos Mejía. Así, ya en su lección inaugural de 1887, además de criticar en duros términos a la vieja generación de médico porteños y sus conocimientos obsoletos, colocaba al estudio de la afección histérica en

un lugar estratégico del progreso de la nueva neurología (Ramos Mejía 8). Por otro lado, en una tesis redactada por uno de sus discípulos quedarán consignadas las más tempranas curaciones sugestivas realizadas en Buenos Aires sobre pacientes histéricas, efectuadas precisamente por Ramos Mejía (Arévalo 29).

Entendemos, en resumen, que la labor realizada por Ramos Mejía, al propiciar una difusión y desarrollo local de conocimientos sobre el hipnotismo, las hiperestesias y los automatismos, habría servido de impulso para que muchos otros doctores de la ciudad demostraran un franco interés por hechos como la telepatía, tal y como se podría de manifiesto de modo exponencial en 1895 con la visita de Onofroff. Ahora bien, rescatar el nombre de aquel médico importa también, y sobre todo, porque él mismo fue uno de los profesionales que siguió de cerca a ese último telépata, acerca de cuyos poderes brindó testimonios entusiastas en los periódicos locales.

Para el momento en que Onofroff llega a Buenos Aires, Ramos Mejía estaba encargado de la dirección del Departamento Nacional de Higiene, el organismo gubernamental más significativo en materia de epidemias y regulación del aparato sanitario. Si bien el primer encuentro personal que tuvieron tenía el cometido de recordar al artista que estaba prohibido hacer uso de la hipnosis en los teatros de la ciudad, rápidamente la atención del médico se dirigió a las capacidades telepáticas. Esa reunión del día 14 de marzo de 1895 fue el puntapié inicial de la fascinación que Onofroff desencadenaría en los médicos más prestigiosos de la ciudad, quienes durante el espacio de tres meses escribirían numerosas páginas acerca de los poderes telepáticos del visitante. Aquel día de marzo Ramos Mejía y muchos otros médicos de la oficina por él dirigida pudieron constatar con sus propios ojos los prodigios de Onofroff; citemos una de las múltiples versiones que han sobrevivido: “Todos los que presenciaron la concluyente prueba de la rara facultad de Onofroff quedaron admirados de la prodigiosa exactitud con que cumplió la orden transmitida mentalmente. El Dr. Ramos Mejía no ocultaba, como los demás médicos que presenciaron la experiencia, la favorable impresión que ésta les había

producido” (*La Prensa*, 15 de marzo de 1895). Al día siguiente se imprimió en otro diario una entrevista al reputado médico, en la cual este último pudo explayarse extensamente sobre la facultad de Onofroff que tanta admiración comenzaba agenerar entre el público ilustrado de la ciudad. En esas declaraciones se ponía al descubierto, de un lado, de qué manera para un sector de la medicina —incluso para el sector tradicionalmente catalogado como positivista o científicista— la telepatía debía ser considerada no sólo como una facultad real sino también como un problema que merecía la atención de la ciencia; y de otro, que a los fines de describir esos fenómenos los doctores apelaban a argumentaciones y nociones que no estaban muy distanciadas de las esgrimidas por los espiritistas u otros intelectuales como López de Gomara. Citemos, a título ilustrativo, algunos valiosos pasajes de ese diálogo con Ramos Mejía:

—Doctor, le dijimos, ¿qué le parece Onofroff?

—Es notable. Su visita de ayer al consejo, á todos nos produjo sorpresa. Es admirable la facilidad con que ejecuta las pruebas de adivinación y sobre todo la precisión con que obedece, á distancia, las órdenes que le son transmitidas con el pensamiento. El explica esa facilidad diciendo que, así como otros obedecen á la palabra, él obedece al impulso; que no traduce en frases el pensamiento ageno, sino que percibe sencillamente la impresión y obedece a ella. Todo esto prueba que Onofroff posee en alto grado la facultad que explica la *telapatía*.

—¿Cómo explica la ciencia esa facultad, doctor?

¿La de transmitir el pensamiento? Indudablemente es este un misterio bastante difícil de descifrar; pero lo explican los sabios, y esto es lo mas probable, de la manera siguiente: así como reside en el aire, en la luz y en todos los elementos de la naturaleza, una sustancia que los propaga y los hace transmitir entre sí, reside en el pensamiento algo parecido, una chispa que se trasmite al cerebro ageno, produciendo un choque de ideas, que trae, como consecuencia, que sienta, el que posee mas sensibilidad cerebral, la impresión del pensamiento, de la idea ajena, obediéndola, como en el caso de Onofroff, por impulso. (*Tribuna*, 15 de marzo de 1895)

Como ya dijimos, Ramos Mejía no estuvo solo en esa celebración de las maravillas mostradas por Onofroff. Los otros dos grandes nombres de la medicina mental de fines de siglo siguieron sus pasos. En primera instancia, Antonio Piñero, el director del Hospital de Alienadas de la ciudad, fue el médico que más páginas redactó sobre el artista, publicando en *La Nación* 3 largas columnas. En la nota inicial, impresa el día 17 de marzo, este alienista se refería en términos muy positivos al proceder del extranjero. Cabe rescatar dos componentes de aquella intervención. Primero, como nunca antes se colocaba a Onofroff en el campo de la ciencia; en las palabras de Piñero, lo que el prestidigitador realizaba no sólo era real y evidente, sino que también suponía un dispositivo equivalente a un laboratorio de experimentación:

Indiscutiblemente Onofroff tiene una aptitud maravillosa para producir fenómenos extraños y paradójales que constituyen un vasto campo de investigación para la psico-fisiología, aún inexplorado. En cuanto á mí, declaro que he satisfecho el deseo que tenía de comprobar la realidad de los fenómenos de onofroffismo. Estos fenómenos son reales, y las condiciones experimentales en que se producen son de tal manera sencillas é inequívocas, que hacen del todo improcedente cualquier medida de precaución contra imposibles supercherías. (*La Nación*, 17 de marzo de 1895)

Segundo, Piñero daba a entender que las acciones telepáticas ejecutadas por Onofroff con tanta maestría requerían para su intelección conceptos e hipótesis de los que la ciencia carecía. En otros términos, esos actos eran capaces de poner sobre el tapete las limitaciones del discurso racional consensuado: “La producción de estos fenómenos, implica la intervención de fuerzas desconocidas, de agentes distintos de los que la ciencia ha descubierto y estudiado como en la telepatía. La ciencia está, por desgracia, muy lejos del conocimiento del cómo, del mecanismo de los actos producidos por Onofroff y otros fenómenos análogos” (*La Nación*, 17 de marzo de 1895). En rigor de verdad, a partir de su segunda entrega Piñero cambiará radicalmente de parecer, y abrazará en cambio la

teoría que ya había sido adelantada por Georges Borda casi 10 años antes. Según los nuevos términos, el presunto telépata no haría otra cosa que dejarse guiar por pequeños movimientos inconscientes que son realizados por la persona que debe transmitirle las órdenes mentales (*La Nación*, 21 de marzo de 1895).³

En segunda instancia, las demostraciones telepáticas de Onofroff recibirían el respaldo de otro médico eminente, Domingo Cabred, Director del manicomio de hombres de la ciudad y el alienista de mayor reputación en la Argentina de fines de siglo. Antes de despejar de qué manera manifestó su apoyo al artista, es menester recordar brevemente los altibajos de la gira argentina del telépata. Hacia mediados de mayo comenzaron a circular rumores que afirmaban que sus shows se basaban en artimañas escénicas, y que por lo tanto jamás había sido capaz de leer el pensamiento. Esas denuncias fueron ampliamente difundidas por la prensa, y se produjo un sonoro escándalo, sobre todo porque en las semanas previas grandes figuras de la intelectualidad local se habían manifestado en favor de Onofroff. Esos ataques produjeron que muchos de los antiguos partidarios del forastero ahora se plegaran a la campaña de desprestigio; fue el caso de Ramos Mejía, quien en una entrevista publicada en junio manifestaba no creer ya que tuviera el don de la telepatía (*La Nación*, 7 de junio de 1895). En el ínterin, y confirmando una vez más que la posibilidad de la telepatía no era puesta en duda por el conjunto de la medicina oficial, los integrantes del Departamento Nacional de Higiene habían sometido a Onofroff a una serie de pruebas controladas; el artista,

³ No viene a cuento desplegar aquí ese aspecto, pero recordemos que las intervenciones de Piñero dieron lugar a un encendido debate con un colega, Román Pacheco, quien desde las páginas del vespertino *El Tiempo* atacó con furia las acciones de Onofroff, sobre todo el hecho de que de manera velada utilizara el hipnotismo en los teatros. Cabe anotar, entre paréntesis, que ese médico había sido unos años antes el responsable de la primera crónica de un caso de doble personalidad publicada en una revista médica de Buenos Aires. Esa crónica daba cuenta, en realidad, de sus observaciones realizadas en París, nada menos que en el Hospital de la Salpêtrière, durante una estadía en 1890 (Pacheco 111).

bajo la desconfiada vigilancia de los doctores, logró realizar exitosamente algunos actos de transmisión del pensamiento, pero fracasó en otros tantos (*La Prensa*, 4 de junio de 1895). Pues bien, incluso después de esa deslucida actuación del telépata, Cabred, uno de los médicos que desempeñó un papel más activo en la sesión de prueba, siguió defendiendo públicamente las facultades telepáticas del forastero (*La Nación*, 7 de junio de 1895). Más aún, otro profesional porteño, José Picado, extremó la postura de Cabred, y publicó poco después, en una de las revistas galénicas más prestigiosas de la ciudad, un curioso artículo cuya meta era defender la buena fe de Onofroff, y demostrar que en realidad sí era poseedor de capacidades telepáticas. Repitiendo un axioma que ya había sido explicitado por Piñero unos meses antes, Picado lamentaba que los médicos negaran la telepatía por la sencilla razón de que no podían dar de ella una explicación concluyente: “No poder penetrar ciertos hechos y dar de ellos una explicación satisfactoria no impide que ellos se produzcan” (Picado 307). Por último, y más interesante, cabe anotar que en las páginas de este médico se dejaba entrever una conexión entre el telépata y el mundo científico que, dicha allí por vez primera, parecía anunciarse ya desde el comienzo en las actitudes de sus colegas: en tanto que Ramos Mejía y Piñero se habían comportado al comienzo bajo el supuesto de que ellos, los sabios, debían observar y estudiar los “experimentos” efectuados por Onofroff, Picado daba un paso más allá, y no tenía prurito en reconocer que el médico debía convertirse en un discípulo del telépata. “Creemos que en esto tampoco hay encantamiento ni farsa y que todo consiste en la suspensión de las funciones psíquicas; en saber anular la voluntad y la imaginación á fin de ser fiel instrumento del que manda: éste sería el arte que deberá perfeccionarse practicándole noche á noche, como lo hace Onofroff” (Picado 308).⁴

⁴ Los médicos no fueron los únicos en defender hasta último momento a Onofroff. También lo hicieron a su manera los espiritistas de *Constancia*. Poco después del inicio de las demostraciones del artista, los kardecianos dedicaron prácticamente una edición íntegra de su revista a debatir sobre sus poderes (*Constancia*, 7 de abril

4. PALABRAS FINALES

Al propiciar tantos debates e intervenciones a propósito de la telepatía, Onofroff no hizo más que llevar a su punto extremo un rasgo de la cultura científica porteña de fines de siglo. No llegó a un terreno virgen. Muchos otros lectores del pensamiento ya habían entretenido y cautivado a los argentinos más cultos. Y antes de su llegada al país la telepatía había sido sometida al examen erudito por parte de médicos, espiritistas e intelectuales de distinto calibre. Tal y como quedaba de manifiesto en la cita de Groussac con que abrimos este artículo, la telepatía fue mucho más que una curiosidad pasajera o un objeto de esparcimiento para públicos deseosos de novedades. Ella era un tópico que tenía garantizadas sus cartas de ciudadanía en el terreno del debate docto. En un contexto en que la medicina se adentraba en el universo de los automatismos nerviosos, y en que la doctrina espiritista aún seducía a muchas mentes informadas —pues, tal y como queda claro en algunas de las citas que hemos ofrecido, su lenguaje y sus argumentos no eran disonantes respecto del idioma de la ciencia más desapasionada—, la telepatía aparecía como un objeto pensable y debatible con los lenguajes aceptados. Profundizar indagaciones sobre estos problemas de la cultura finisecular permite no solamente adquirir una conciencia más clara acerca de las numerosas zonas grises en que tramas y tradiciones podían confluir —donde los médicos, espiritistas y prestidigitadores podían compartir lenguajes, certezas e imaginaciones—, sino también empezar a leer de otro modo otras producciones que fueron características del espacio letrado. Por caso, ante las evidencias acumuladas hasta aquí, es imposible no sospechar que las ficciones de

de 1895). En esos artículos —redactado por figuras como Pedro Serié y Ovidio Rebaudi— aplicaban a las exhibiciones de Onofroff el marco conceptual que ya hemos descrito al analizar el tratado de Senillosa. Esas columnas tenían empero como cometido esencial mostrar las contradicciones e inconsistencias de los ensayos realizados por médicos como Piñero para explicar con el lenguaje de la ciencia oficial fenómenos que sólo podían ser develados gracias a las nociones del espiritismo.

escritores como Eduardo Holmberg y Leopoldo Lugones, en las que proliferan las referencias a científicos que entregan su vida a especulaciones sobre lo paranormal, entablaban un diálogo apenas velado con realidades bien concretas de la Buenos Aires de fines de siglo y con interrogantes teóricos de sus habitantes más cultos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arévalo, Salustiano. *Apuntes sobre la influencia de los medios morales en el tratamiento de la histeria*. Buenos Aires: L'Italia, 1888.
- Borda, Georges. *Maravillas del hipnotismo o estudio experimental del sueño y del somnambulismo provocado*. Buenos Aires: Stiller & Laas, 1886.
- Constancia*. *Revista Quincenal, Espiritista Bonaerense* (Años 1890-1895).
- Graus, Andrea. "Hypnosis in Spain (1888-1905): From spectacle to medical treatment of mediumship". *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* 48 (2014): 85-93.
- Groussac, Paul. "Boletín bibliográfico. *Los raros*, por Rubén Darío". *La Biblioteca* 2 (1896): 474-480.
- López de Gomara, Justo. *La ciencia del bien y del mal. Revelaciones de lo sobrehumano. Vulgarización de lo maravilloso. El hipnotismo y la sugestión al alcance de todos*. Buenos Aires: José Escary, 1891.
- Nouzeilles, Gabriela. "Hysteria in turn-of-the-century Buenos Aires". Armus, Diego Ed. *Disease in the History of Modern Latin America: From Malaria to AIDS*. Duke: Duke University Press, 2003. 51-75.
- Novaro, Bartolomé. "La Metaloscopia y la Metaloterapia". *Anales del Círculo Médico Argentino*, 4 (1880): 87-96, 136-166.
- Obejero, Eduardo (1882): "Notas". *Anales del Círculo Médico Argentino*, 5 (1882): 243-245.
- Pacheco, Román. "Correspondencia. En la Salpêtrière. Un caso de doble personalidad". *Anales del Círculo Médico Argentino* 13 (1890): 111-113.
- Picado, José. "Hipnotismo y fascinación. Transmisión de la voluntad (A propósito de polémicas recientes)". *Anales del Círculo Médico Argentino* 18 (1895): 306-313.

- Quereilhac, Soledad. *La imaginación científica: ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entre-siglos (1875-1910)*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2010.
- Ramos Mejía, José María. “Discurso inaugural pronunciado en la Facultad de Medicina al abrir por primera vez la clase de enfermedades nerviosas”. *Estudios clínicos*. Buenos Aires: Feliz Lajouane, 1893. 5-22.
- Rebasa, Gregorio. *La sugestión en terapéutica*. Buenos Aires: Imprenta Europea, 1892.
- Senillosa, Felipe. *Concordancia del espiritismo con la ciencia*. Buenos Aires: Imprenta de Martín Biedma, 1891.
- Vallejo, Mauro. “Buenos Aires mesmérica. Hipnosis y magnetismo en la cultura y la ciencia de la capital argentina (1870-1900)”. *Revista Iberoamericana-América Latina*- https://www.youtube.com/watch?v=BbWBRnDK_AEEEspaña- Portugal 56 (2014): 7-26.